

CARLOS MUGICA

La buena madera de la cruz

Jorge Luis Bernetti
ilustraciones Juan Soto

Precursor del sacerdocio en las villas, Carlos Mugica evitó las batallas blandas para legitimar la lucha política y social. Este es el retrato de un padre nuestro que está en el cielo, narrado con precisión y sentimiento a partir de un vínculo militante pero también confesional.

Conocí al padre Carlos Mugica en 1960, cuando este sacerdote nacido en una familia de la clase alta porteña, se convirtió en el asesor espiritual del Centro "Catedral" de la Juventud Estudiantil Católica (JEC) del Colegio Nacional de Buenos Aires, dependiente de la Universidad de Buenos Aires. La JEC era una de las integrantes de la rama de profesionales y estudiantes de la Acción Católica Argentina: esa quinta rama tenía la denominación de APAC (Asociación de Profesionales de la Acción Católica). Las otras cuatro eran territoriales (se estructuraban a partir de las parroquias) y encuadraban por género: hombres y mujeres, rigurosamente separados. En cambio, la "quinta rama", la especializada, asumía la influencia de diversas perspectivas de cambio en la que los teólogos y las prácticas renovadoras del catolicismo francés pesaban fuerte. Esa línea quería "ir al mundo", encontrar a los hombres en su práctica de vida más significativa, su ocupación, como trabajador, estudiante o profesional.

Ese era un lugar para Mugica, para el padre Carlos, o Carlos a secas, como muchos comenzaban a llamarlo quebrando normas centenarias de relación entre un laico y un sacerdote. Como ex alumno del Buenos Aires, a la conducción de la JEC y al arzobispado de Buenos Aires le debe haber parecido bien esta combinación en la que este carismático, simpático y convincente sacerdote de 30 años se ocupara de uno de los pocos colegios estatales que tenían una organización militante de estudiantes católicos.

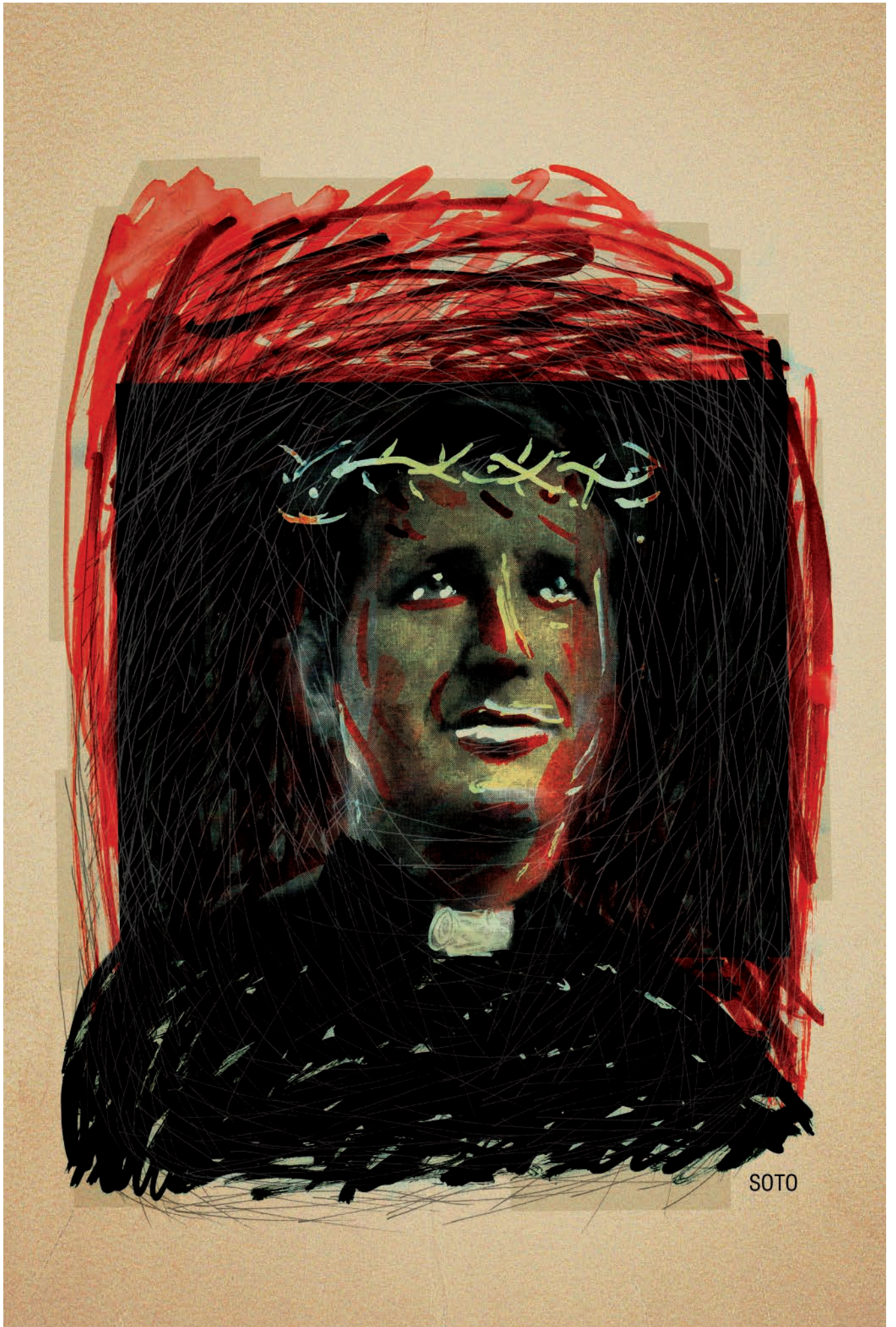
Mugica llegó al Centro "Catedral" (así llamado por la cercanía del Colegio a la sede metropolitana del Arzobispado porteño en la plaza de Mayo) en el año en que una acción pastoral anacrónica se desarrollaba y hoy ha sido casi olvidada: la llamada "Gran Misión de Buenos Aires". Esta fue una acción apostólica repetitiva de tradiciones y rituales

alejados de los problemas que sacudían a la sociedad. Con muchos curas españoles franquistas importados para la ocasión como animadores, la Gran Misión ni se daba cuenta de lo que se cocinaba en el breve papado de Juan XXIII: la convocatoria al Concilio Vaticano II.

El huracán que representó Mugica para los jóvenes estudiantes se incrementó y sus propuestas fueron confirmadas con la convocatoria a la reunión universal de obispos que sería inaugurada en octubre de 1962, justo el año y el mes en que vivimos en peligro nuclear por el bloqueo norteamericano a Cuba. La misa de cara al pueblo y en el idioma del pueblo que reimplantó el Concilio encajaba de maravillas en la dimensión de cambio en la que Mugica gozaba. Su eje pastoral, para decirlo en el lenguaje de la Iglesia, fue desde siempre el compromiso con los pobres. Porque su fe cristiana, mucho más nombrada así que como católica, se asentaba en la caridad, que no era la limosna, sino el amor radical por los otros. En especial, por aquellos que menos tienen. Los "pobres de espíritu" del Evangelio pasaron a ser los pobres materiales y culturales de la realidad. Era la hora del "cambio de estructuras", de la liberación nacional, del socialismo con perfil humanista y tercermundista.

Mugica solía retomar experiencias que ya, en esos años se consideraban algo añejas. Siempre elogió la tarea de un sacerdote francés, el abate Pierre, quien se ocupaba de aquellos que hoy son denominados marginales (Mugica nunca los llamó así) y quedan afuera del sistema productivo, de consumo de bienes materiales y simbólicos.

Pronto lo que apareció en Francia, en España y en seguida también en la Argentina fueron los "curas obreros", aquellos sacerdotes que no solamente iban a vivir en una parroquia popular, sino que se proletarizaban como ha-



SOTO

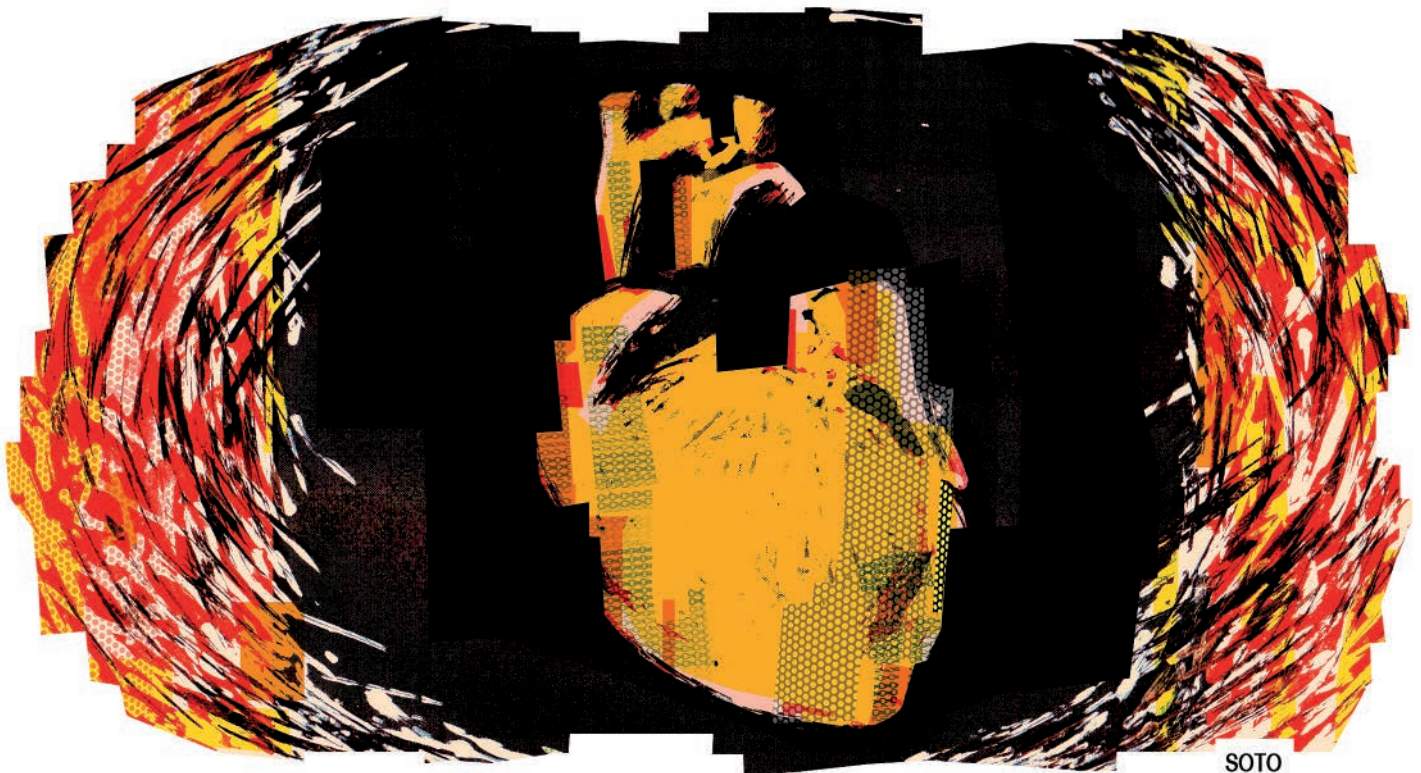
Mugica siempre elogió la tarea de un sacerdote francés, el abate Pierre, quien se ocupaba de aquellos que hoy son llamados marginales (él nunca los llamó así) y quedan afuera del sistema productivo, de consumo de bienes materiales y simbólicos.

cían cuadros militantes de la extrema izquierda de clase media. Ira la fábrica o al taller a ser obreros. Y, en el caso de los curas, a ser cristianos en esa condición. Mugica nunca fue un cura obrero, ni creo que lo quisiera ser, aunque respetaba esta opción. A diferencia de varios de sus pares del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo (MSTM), nacido en los finales de la década de los 60 que sí lo eran; su militancia –o apostolado en denominación eclesial– fue más ecléctica. Y siempre sostuvo para sí la línea del celibato sacerdotal que un obispo como Jerónimo Podestá intentó franquear, bendecido por la institución, sin éxito. Mugica Echague tampoco acompañó el camino de su compañero de seminario y de clase social, Alejandro Mayol Magnasco, que colgó la sotana para unirse a la mujer de su vida y se casó en una ceremonia religiosa para dar fe de su continuada pertenencia a la Iglesia. Mugica, empero, no fue crítico de los sacerdotes que buscaban casarse, retomando una tradición de la iglesia católica de largos siglos atrás y una práctica contemporánea de la conservadora Iglesia Ortodoxa en sus variantes griega, rusa y oriental. No era su opción y estimaba que la Iglesia tenía sustancialmente razón en esa materia. Fue en ese sentido, y no en otros, que coincidió con la perspectiva de la revista *Cristianismo y Revolución*, en la que su director –Juan García Eloorio– presentaba la opción entre los “curas que se casan” y los “curas que se juegan” por la Revolución. La publicación promotora del padre colombiano Camilo Torres y del foquismo cubano, optaba claramente a favor de la segunda. En el cristianismo revolucionario y/o progresista de los 70 ser revolucionario, como peronista duro o socialista en armas, fue contradictorio con las reformas que otros sectores propugnaban para posibilitar el casamiento de los sacerdotes, habilitar el estado sacerdotal para la mujer, facilitar la regulación de la natalidad, abrir la posibilidad del divorcio y democratizar la conducción de la Iglesia. Unos eran revolucionarios sociales de tiempo completo

y otros progresistas de moderado comportamiento social. Planteada con mucho eclecticismo y contradicción, esta problemática nunca tuvo un acabado saldo. Y aquellos que optaban por la vía revolucionaria prefirieron en ocasiones evitar las batallas puramente progresistas para legitimar la lucha política y social.

En cambio, la opción por la lucha armada que planteaba Cristianismo y Revolución era tomada con distancia por Mugica. En su libro *Cristianismo y Peronismo*, él definía así su opción política por el peronismo:

“Hay un artículo muy interesante del padre Dri en la revista *Envido* nro. 5, ‘Peronismo y marxismo frente al hombre’ donde pueden advertirse claramente los valores cristianos del peronismo. El padre Dri critica al marxismo como una ideología que surge en Europa, una ideología racionalista, que tiende, como ya dije antes, a privilegiar sobre todo lo económico científico. Aunque eso de científico habría que ponerlo entre comillas, porque hay que ver si realmente es científico, o si es mistificación de la ciencia. Y dice que en los grandes movimientos liberadores, como por ejemplo la revolución cubana, la revolución china y el movimiento peronista, se tiende a privilegiar el proyecto humano, la valoración del hombre, de lo nacional y de lo religioso. Así, por ejemplo, la muerte del Ché provoca el siguiente juicio de Perón: ‘Hoy ha caído en esta lucha como un héroe, al figura más extraordinaria que ha dado la revolución en Latinoamérica. Su muerte me desgarró el alma. Es un ejemplo de conducta, de desprendimiento, de espíritu de sacrificio, de renunciamento’. Y (continúa Mugica) no hay nada de científico en este juicio, es un juicio ético. ‘La profunda convicción en la justicia de la causa que abrazó y le dio fuerza, el valor y el coraje que hoy lo eleva a la categoría de mártir’. Toda esta terminología es netamente cristiana. El párrafo es típico de las combinaciones ideológicas de los 70, donde Mugica, apoyándose en Dri, criticaba el economicismo de la versión oficial del marxismo pero paralelizaba a las revoluciones cubana y china, claramente orientadas por supuestos claves del marxismo (y del leninismo), aunque diferenciados del modelo soviético, para paralelizarlos al peronismo como “grandes movimientos liberadores” en un giro interpretativo forzado. En realidad, las batallas políticas entre el modelo soviético y el chino y, en menor medida, el soviético y el cubano, daban pie a una forzada identificación con el peronismo de la etapa de la resistencia como la del tiempo entre 1955 y 1973. Y Mugica insistirá: “Por eso dice el padre Dri: ‘El peronismo es una filosofía de la vida, simple, práctica, popular y profundamente humanista. Evidencia claramente la primacía del hombre sobre las estructuras. Fue por eso que Perón afirma que el problema en la Argentina es netamente político. El partido Comunista, en cambio, va a decir que el problema es netamente económico’. Lo que Mugica citaba de Dri es la clásica definición peronista presente en el Manual de Conducción Política justicialista que Perón solía reiterar frecuentemente. Pero que la diferencia entre peronismo y marxismo fuera la prioridad de aquél a lo político y la de éste a lo económico, resultaba filosóficamente una simplificación. Aunque posiblemente, otra vez aparecía la política sobre el debate ideológico. El “partido Comunista” era el partido Comunista argentino, entonces definido como una fuerza de perspec-



SOTO

tivas políticas evolucionistas, férreo crítico de la lucha armada estimulada por la revolución cubana, cerradamente antiperonista, de herencia histórica donde estaba fondeada una matriz positivista del marxismo.

Empero, éste atlético Robin Hood ideológico, pacífico e inspirado en las honduras de la Biblia que se convertía en una lectura cotidiana de los católicos avanzados, era alguien alejado del prejuicio a la hora de meterse en la discusión de problemas de profundidad doctrinaria. Por ello, Mugica fue uno de los primeros protagonistas del diálogo católico-marxista junto a cuadros de ese cuestionado PC. En 1965, el entonces joven periodista que era el autor de esta nota, todavía católico, escribía en un despacho periodístico que "un sacerdote y un dirigente universitario (ambos católicos) y un periodista y un abogado (éstos últimos militantes del partido Comunista protagonizaron una mesa redonda acerca del diálogo católico-marxista (...)) los núcleos más tradicionales de la iglesia argentina se oponen francamente a toda actividad de diálogo con los seguidores del barbado Carlos Marx. Así, pues, desde los grupos corporativistas nucleados en la revista 'Cruzada' —una publicación mensual que calificó de pro-marxista a la CGT peronista y al partido Demócrata Cristiano de línea similar al freísmo chileno— hasta las capas liberal conservadoras del catolicismo, la consideración que merecen estos intentos es francamente agresiva para sus promotores. En el campo del diálogo los que llevan la iniciativa son los reducidos pero sumamente activos militantes de la Juventud Universitaria Católica (JUC) que en la lucha política universitaria han pasado de la postura francamente agresiva para el marxismo de hace 10 años atrás a alianzas cada vez más notorias con grupos reformistas de izquierda. Aunque la JUC es orgánicamente un cuerpo de la Acción Católica que como tal tiene vedado incursionar por los terrenos de la política, el testimonio cristiano llevado hasta las últimas consecuencias, los empujó a la política". El artículo

puntualizaba que luego de la reunión celebrada en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, donde Mugica y el estudiante Guillermo Tedeschi (de la JUC), fraternizaran con militantes del PC, muchos prejuicios, pero también muchos aliados quedaron en el camino. "Entre ellos —recordaba la nota—, se cuenta el candidato presidencial demócrata cristiano en las últimas elecciones y ex presidente del PDC, Horacio Sueldo. Este, que conserva mucha influencia en los cuadros partidarios, apuntó recientemente en la revista Siglo Cero refiriéndose a diversas manifestaciones prodiálogo: "Cuando uno piensa que los coloquios del año pasado en Ginebra que reunieron a especialistas como, por caso, de un lado a miembros de la Academia de Ciencias Políticas de Moscú y del otro al conocido jesuita Jean Yves Calvez junto con otros eminentes investigadores italianos, españoles, etc.; cuando se recuerda que ese encuentro fue larga y minuciosamente preparado; cuando se tiene presente que su seriedad y jerarquía merecieron el envío de un observador vaticano, designado por la Secretaría para los No Creyentes, no puede menos que sentirse desolado por la irresponsabilidad de tanta mesa redonda que anda por ahí perdida de la justicia divina".

Horacio Sueldo, el hombre que condujera en 1963 la "política de apertura" del PDC hacia el peronismo, la que empujó a esa fuerza de origen anti-peronista a brindar una fugaz candidatura presidencial al justicialista del ala conservadora, Raúl Matera, no podía o no quería entender que la reaccionaria jerarquía católica argentina difícilmente hubiera organizado un diálogo como el realizado en Ginebra en 1964. (Mugica, por su parte, le facilitó al entonces joven autor de esta nota un extenso libro del mencionado Calvez que resumía los antecedentes, orígenes y desarrollo del pensamiento de Carlos Marx, analizado desde la perspectiva católica de su autor. El texto convenció bastante bien al lector acerca de las virtudes que se le atribuían a la condenada ideología). Sueldo, por su parte, en 1963 se con-

Este atlético Robin Hood ideológico, pacífico e inspirado en las honduras de la Biblia, era desprejuiciado a la hora de meterse en la discusión doctrinaria. Fue uno de los primeros protagonistas del diálogo católico-marxista junto a cuadros de aquel cuestionado PC.

vertiría en candidato a vice presidente de Oscar Alende, el aspirante a ocupante de la Casa Rosada, por la Alianza Popular Revolucionaria (APR), coalición en la que participaba protagónicamente el partido Comunista, que obtuvo en la ocasión – por primera y única vez en su historia –, dos diputados nacionales.

Párroco de una iglesia de una villa, el barrio que los sectores más nuevos de trabajadores habitaban alrededor de Buenos Aires u otras ciudades, asesor de estudiantes universitarios y secundarios católicos, asesor también del conservador Movimiento Familiar Cristiano (MFC) y, por último este híper activo, se daba lugar para ser también capellán del Racing Club de Avellaneda, que lo fanatizaba en las tribunas.

Y además, Mugica fue durante bastante tiempo secretario privado del cardenal arzobispo de Buenos Aires, Antonio Caggiano, el primer y largamente influyente asesor nacional de la Acción Católica Argentina, la sección argentina de este organismo lanzado mundialmente por el Vaticano en 1928, a un año de la firma de los tratados de Letrán entre el estado italiano dirigido por Benito Mussolini y la Santa Sede.

Fue en los jardines de la casa de Suipacha 1034, donde Mugica me confesó peripatéticamente en alguna ocasión. Siempre tuvo un estilo desenfadado de ejecución de ese sacramento singular del catolicismo, sólido mecanismo de control individual y social. Mugica no orientaba significativamente desde la confesión. Lo hacía desde sus sermones, sus charlas, sus conferencias, sus clases en la Universidad del Salvador y sus exitosas intervenciones mediáticas.

Junto a Mayol que, como el padre Alejandro se convertía en un suceso de la modernidad eclesial, Mugica intervenía fuertemente en la cultura mediática a través de reportajes radiales y televisivos, artículos y entrevistas en la prensa escrita. El programa televisivo de Bernardo Neustadt o la popular revista Así de Héctor Ricardo García, lo colocaban

en un nivel de popularidad y conocimiento superior al de un obispo. Dialogaba con el veterano Américo Barrios (el secretario de Perón en su exilio en Caracas), director de la edición matutina de Crónica, como con Raúl Urtizberea, un periodista conservador que había lanzado un programa televisivo de cierta popularidad (¿Cuál es sus duda?), con el sacerdote jesuita Raúl Adúriz.

Mugica fue también un destacado defensor del ecumenismo y fue amigo y compañero de los "hermanos separados" luteranos, anglicanos y calvinistas y claro defensor tanto de la comunidad judía como del pensamiento religioso común entre cristianos y judíos, siendo gran amigo del rabino Marshall Meyer.

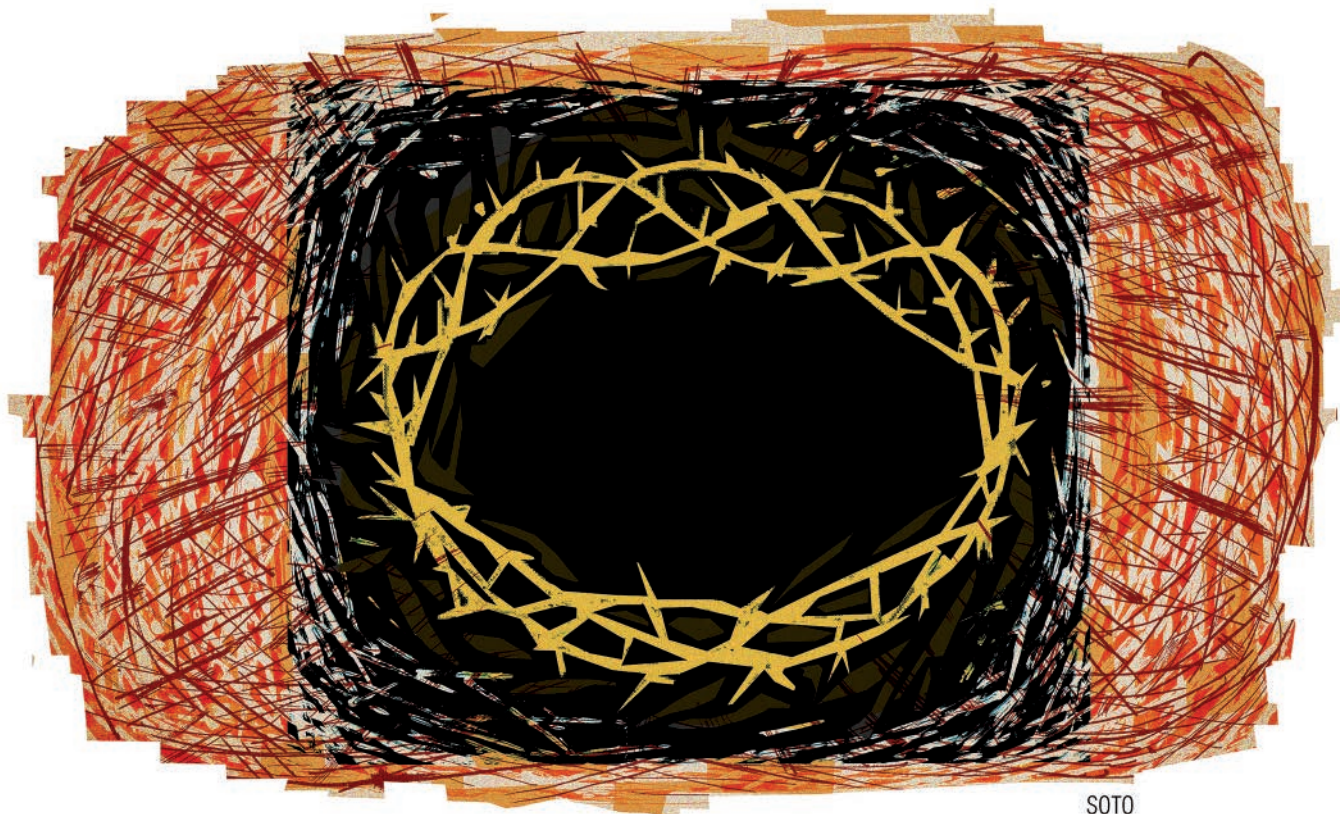
La mansión de la calle Suipacha, sede transitoria del arzobispado era todo un símbolo de las relaciones promiscuas del Estado conservador y la jerarquía de la Iglesia. Había sido cedida al arzobispado de Buenos Aires como compensación por la quema de la Curia Metropolitana, cuando la reacción popular intentó castigar a uno de los poderes inspiradores del siniestro bombardeo de la Plaza de Mayo de 1955 e incendió el edificio administrativo y político central de la Iglesia argentina.

Mugica construía su acercamiento al pueblo y su peculiar visión del peronismo en contra de esa posesión y de las perspectivas que una conducción como la que servía planteaba. La ortodoxia de Caggiano y algo más, lo ponían en distancia de ese poder. Dejó de ser secretario y se comprometió muchos más con los habitantes de la villa Comunicaciones en la zona de Retiro, en la ciudad de Buenos Aires. Siempre mantuvo un espacio en la casa paterna primero en "el codo aristocrático" Arroyo y luego en Gelly y Obes 2238, en la subida a Plaza Francia, siempre en Recoleta. Pero en Gelly y Obes habitaba la pieza que en la terraza había correspondido en los planes originales al portero: un cuarto simple, de perfil muchachista.

La relación con su padre era políticamente conflictiva porque Adolfo Mugica había sido diputado conservador de la década infame y había defendido pública y explícitamente las políticas del "fraude patriótico" y la condena a la "emboscada alevosa del cuarto oscuro". Canciller del gobierno desarrollista de derecha de Arturo Frondizi, Mugica padre era capaz de decir, como lo escuché en la mesa de su casa: "Perón es un monstruo moral". De esa perspectiva gorila sin fisuras partía el sacerdote rebelde y moderno, como mucha gente de su generación y de los más jóvenes que orientaba con su palabra y su prédica combativa.

Mugica fue el orientador de las primeras acciones sociales de los futuros fundadores de los Montoneros como Fernando Abal Medina, Mario Firmenich y Carlos Ramus cuando ellos trabajaron socialmente en el norte de Santa Fe, para vincularse con los explotados hacheros de la zona chaqueña de esa provincia argentina y descubrieran por sí mismos las condiciones de trabajo de los obreros rurales.

En septiembre de 1970, Mugica rezó junto al jesuita Hernán Benítez el responso brindado a Abal Medina y Ramus, caídos frente a la policía dictatorial de la revolución argentina luego de vivir en una dura clandestinidad después de realizar la ejecución del general Pedro Eugenio Aramburu, el tirano de otra dictadura, la de la revolución libertadora. Pero luego del retorno de Perón a la Argentina, cuyo regreso acompañó



SOTO

en el famoso avión charter de noviembre de 1972 desde Roma a Ezeiza y de la victoriosa elección presidencial de Héctor Cámpora en marzo de 1973, Mugica juzgó que el ejercicio de la violencia revolucionaria no se justificaba. Había rechazado en los mencionados comicios de marzo convertirse en diputado nacional por la Capital Federal que el ofreciera el secretario general del Movimiento Peronista, Juan Manuel Abal Medina (p). En cambio, aceptó convertirse en "asesor de villas" del Ministerio de Bienestar Social ocupado por José López Rega, el secretario privado de Perón.

Cuando las demandas de los villeros que Mugica respaldó e impulsó fueran retraceadas y rechazadas por López Rega, que ya organizaba la siniestra Acción Anticomunista Argentina (AAA), Mugica renunció con una denuncia pública.

Aquella había sido la etapa de la ruptura del proyecto y del sueño revolucionario del peronismo y/o de su tendencia revolucionaria. Las polémicas y las contradicciones estallaron. Mugica tomó distancia de los Montoneros y escribió un texto donde diferenciaba la conducción del Ejército por los líderes de la dictadura desplazada, de la efectuada por el presidente Perón, estimando que esta dirección bastaba para orientar la acción de los militares. Dirigentes del peronismo revolucionario enfrentados con los Montoneros cuestionaron públicamente las líneas críticas de Mugica hacia el accionar de la izquierda peronista.

En marzo de 1974, Mugica fue asesinado por un comando de la AAA como se certificó años después, en tanto que los Montoneros publicarían inmediatamente en su diario "Noticias" varias notas de Firmenich destacando su "afecto y admiración" por el sacerdote. (Es que Montoneros había sido acusado de asesinar al secretario general de la CGT, José Rucci, en septiembre de 1973, y la derecha peronista y una opinión pública confundida brindó pábulo a las versiones de una segunda acción de castigo por parte de la organización guerrillera hacia ortodoxos).

Carlos Mugica fue un hombre que amaba la vida. Podría

decirse de él que la devoraba. En la acción sacerdotal, en el compromiso político, en la asistencia personal a quienes estimaba que eran sus prójimos, sobre todo –pero no solamente– los villeros que se convirtieron en su entrega básica personal. Recuerdo siempre de él, la repetición constante de citas de Sartre y de Dostoiewski. Del existencialista francés, al que había llegado después de frecuentar el existencialismo católico de Gabriel Marcel, mencionaba frecuentemente su definición atea: "El hombre es apetito de ser Dios. Como Dios no existe, el hombre es una pasión inútil". Del atormentado ruso (ortodoxo) consignaba su reflexión abismal: "Si Dios no existe, todo está permitido". La inutilidad y el caos del mundo sin Dios era también la otra mirada que Mugica se planteaba como opciones para asumir y confirmar su fe religiosa. La primera, era el amor a los otros, de una manera pasional como lo definió Teresa de Jesús. Fue un cristiano que siempre estimó que el control de la Iglesia Católica por parte del emperador Constantino había constituido un gran perjuicio histórico para la tarea de la salvación de los hombres en que aquella debía estar empeñada. Por ello, se manifestó partidario de la separación de la Iglesia del Estado, para lograr su liberación del control estatal, tanto como quería liberarla del poder de los ricos. El hombre que volaba en su Gilera como un campeón de motociclismo (o en el jeep que su padre le compró luego de su serio accidente con la de dos ruedas) y renunció a las mujeres que suspiraban frente a su seducción arrolladora, constituye más que el mito popular en el que previsiblemente se convirtió. Es una vida a analizar, cuando otra vez, la política y la religión se cruzan de manera problemática en la Argentina, cuando el mito de la "nación católica", el populismo religioso conservador y la manipulación de cúpulas eclesásticas y poder de la derecha económica, mediática y política, quieren desviar las luchas populares por la justicia social, la participación cultural y los derechos de género.